

El movimiento obrero desde 1939 en España

Sebastian BALFOUR

London University

Working Paper n.24

Barcelona 1990

Para un observador extranjero sorprende la relativa carencia de reflexiones sobre la experiencia del franquismo y las lecciones que se puedan derivar de ellas. Incluso parece a veces como si España hubiera sufrido una amnesia colectiva en años recientes semejante a la que sufrió en la posguerra por motivos muy distintos. El proceso de transición ha sido tratado sobre todo por los periodistas como si fuera únicamente el resultado de negociaciones entre las elites políticas. Esta discontinuidad aparente se acusa sobre todo en el caso del movimiento obrero. Durante los últimos años de la dictadura, el sistema de relaciones industriales del régimen se vio totalmente desbordado por las luchas laborales. Incluso se podría argumentar que la protesta obrera fue el móvil más importante del cambio político. Sin embargo, por lo visto, este movimiento se convirtió después de 1976 de ser uno de los más militantes en Europa en uno de los menos organizados, de ser adversario principal del franquismo a convertirse en relación pobre de la nueva democracia. Recordemos que las expectativas de los líderes sindicales en los primeros años de la transición eran muy altas. Marcelino Camacho incluso declaró en 1977 que las tasas de afiliación iban a ser entre las más altas de Europa¹. En cambio los cálculos que se hacen del nivel de afiliación en España en la actualidad oscilan entre el 10% y el 15%, uno de los más bajos en la OCDE². Sin embargo, por baja que sea la afiliación sindical, se logró organizar en diciembre 1988 lo que en la dictadura había resultado ser una quimera y lo que en Inglaterra, con su alta tasa de afiliados, sería casi impensable, una huelga general política.

Esta contradicción aparente entre el alto nivel de movilización del movimiento obrero durante la dictadura (y en cierta medida después) y el bajo nivel de afiliación en el posfranquismo se ha explicado en función de la crisis económica que se desató en la segunda mitad de los años setenta. Es cierto que esta recesión condicionó fuertemente el desarrollo del nuevo sindicalismo democrático, dispersando a muchos colectivos obreros que se habían organizado durante la dictadura y restringiendo la capacidad de los sindicatos de conseguir las reivindicaciones de los trabajadores. Otro tipo de interpretación centrado en el posfranquismo subraya los compromisos aparentemente necesarios para conseguir un consenso político para la transición a la democracia, compromisos que no favorecían el avance del nuevo sindicalismo. Sin embargo, por importantes que sean estas hipótesis, creo que hay que buscar explicaciones también en la época de la dictadura. De hecho sólo se puede entender la transición si se recupera su dimensión histórica. En esta ponencia, por consiguiente, sin querer subestimar las dos primeras hipótesis, pretendo abordar el tema de la herencia de la dictadura en el nuevo movimiento sindical, centrándome en particular en la experiencia de los trabajadores y en la estrategia y las prácticas de la oposición³.

Antes de empezar, creo que es importante aclarar qué es lo que se entiende por movimiento obrero. Tradicionalmente la historia del movimiento obrero ha sido la de los partidos y organizaciones de la clase obrera, mientras que la historia social de los trabajadores se ha ocupado sobre todo de la cultura obrera o el conjunto de valores y actividades que componen su experiencia. Creo que hay otro nivel de análisis historiográfico y es el de la relación entre estos dos elementos, entre la cultura obrera y las instituciones políticas y sindicales. En el caso de la historia del movimiento obrero durante la dictadura es importante hacer esta distinción. Aparte del hecho de que no existían instituciones legales de la clase obrera, las estrategias y análisis de las organizaciones clandestinas muchas veces pasaban por alto los móviles de la protesta obrera, aunque sus militantes jugaron un papel fundamental en las luchas reivindicativas. En esta ponencia, por consiguiente, se llamará movimiento obrero al conjunto de trabajadores que se organizaron en torno a reivindicaciones y acciones de protesta y oposición obrera a los partidos y sindicatos clandestinos. El contraste entre ambos nos permitirá arrojar luz sobre la paradoja que forma el tema de esta ponencia.

¿Cuáles eran entonces aquellos análisis y estrategias de la oposición? Después de un primer período en que la protesta obrera era vista a través de la óptica de la Guerra Civil, se pasó a finales de los años cuarenta a una nueva estrategia consistente en el derrumbamiento del régimen a través de la huelga general, secundada por los movimientos populares y dirigida por la oposición. Esta visión de ruptura democrática guió las estrategias de comunistas y socialistas igualmente aunque las opciones tácticas que derivaron de ella eran distintas⁴. Como resultado la protesta obrera era valorada en función de la huelga general y la estrategia de la oposición obrera tenía como objetivo fundamental crear las condiciones para su realización. La definición de lo que era esa huelga cambió a lo largo de la dictadura según los acontecimientos. Después de la desastrosa Huelga Nacional Pacífica en 1959 se la vio como la acumulación de protestas parciales que desembocarían en una acción generalizada imposible de reprimir. El concepto de huelga general tenía su base en parte en la época semi-insurreccional de los años 30 y en parte en la huelga general en Barcelona y su cinturón en 1951. Más tarde se nutrió de las huelgas generales que se realizaron en diferentes centros industriales del país en el primer lustro de los setenta, como en Vizcaya, Vigo, El Ferrol, el Baix Llobregat. La oposición interpretó estas huelgas locales como el paradigma para una acción a escala nacional. Como la huelga era un acto político siendo ilegal y se desarrollaba muchas veces en condiciones de violencia y represión, estas acciones de gran envergadura parecían confirmar la disponibilidad de los trabajadores de salir a la calle para derrocar al régimen⁵.

Estas interpretaciones, sin embargo, no coincidían siempre con la realidad de la protesta obrera. Para entenderla, es menester primero hacer un breve repaso de las condiciones impuestas por el franquismo a raíz de la Guerra Civil. El régimen se había propuesto no sólo la destrucción de las instituciones de clase sino también la desarticulación de la clase obrera misma. Esta desarticulación debería conseguirse a través de la imposición de un sistema autoritario y paternalista de relaciones industriales basado en un tipo de contrato individual implícito por el cual los trabajadores renunciaran a sus derechos de organizarse colectivamente a cambio de ser protegidos por el Estado en todos los aspectos de su trabajo. Asimismo, recibirían una serie de servicios y subsidios a través de las obras sociales de los sindicatos verticales. Este sistema entró en crisis con el fracaso de la autarquía a mediados de los años cincuenta. La incorporación de España en la economía occidental entrañaba el cambio del modelo de relaciones industriales. El nuevo capitalismo español y multinacional necesitaba negociar la introducción de nuevas tecnologías directamente con sus plantillas. Además, le hacía falta el despido libre para poder competir a nivel europeo y le sobraba todo el aparato burocrático de regulación estatal de salarios y condiciones de trabajo. En términos generales, esta contradicción entre modernización y autoritarismo fue la dinámica más importante del proceso de cambio democrático pero no fue en ningún sector más aguda que en el de la producción⁶.

El nuevo movimiento obrero que surgió en los años sesenta fue condicionado marcadamente por la cambiante estructura de relaciones laborales. Aunque el régimen no consiguió integrar a la clase obrera, logró hasta cierto punto desorganizarla. La destrucción de los sindicatos de clase contribuyó a deshacer las tradiciones de organización colectiva que se habían creado durante décadas, y en los sesenta los cambios sociales y económicos que en tan pocos años transformaron a España echaron tierra sobre ellas. La nueva clase obrera, compuesta en gran parte por inmigrantes, no sólo no tenía tradiciones de organización colectiva, sino que venía formando con toda probabilidad una idea distorsionada de lo que era un sindicato basada en el sistema corporativista, obligatorio, jurídico y paternalista del sindicalismo vertical. La Organización Sindical regía el único mecanismo por el cual la gran mayoría de los trabajadores podían aumentar sus salarios y mejorar sus condiciones de trabajo. Además, ofrecía una gama de servicios desde el asesoramiento legal, tan importante en las relaciones laborales franquistas, hasta la formación profesional⁷. Aunque la gran mayoría de trabajadores se opusieron por fin al sindicalismo vertical no es de extrañar que hubiera ejercido una cierta influencia negativa sobre su percepción del sindicalismo democrático.

Por su parte, el nuevo movimiento obrero que surgió en los años sesenta tenía un carácter fundamentalmente reivindicativo, por lo que al menos al principio los aumentos salariales primaban sobre cualquier otra reivindicación como consecuencia del residuo de pobreza de las dos primeras décadas de la dictadura. Estaba lejos de ser ese monolito de obreros combativos cuyas acciones iluminaban las páginas de la prensa clandestina. Por el contrario, sería más correcto hablar de distintos movimientos obreros, separados por oficio, industria, y geografía, cada uno con su propio estilo de lucha y su propia subcultura. Las diferencias naturales entre industrias y localidades se intensificaron bajo el franquismo por la represión y por la gran fragmentación de la negociación colectiva. La represión obstaculizó la diseminación de experiencias de lucha reivindicativa y el desarrollo de acciones conjuntas. Hasta los militantes de las organizaciones clandestinas, con toda la red de informaciones de que disponían, ignoraban muchas veces lo que pasaba en la ciudad vecina. La negociación colectiva, por otra parte, de formas variadísimas, se organizaba por oficio e industria, por empresa o conjunto de plantas, por localidad, comarca, provincia y nación. Había incluso en cierto momento un contrato separado para productores de bastones y mangos de paraguas. Las formas organizativas con que el nuevo movimiento obrero empezaba a articularse se estructuraban muchas veces en torno a la negociación colectiva.

Esto podría ser la raíz del origen distinto de las Comisiones Obreras de Madrid y las de Barcelona. La primera comisión obrera coordinada, la Comisión Obrera del Metal de Madrid, se estableció en 1964 dentro de la Organización Sindical. Se formó en principio para coordinar las reivindicaciones de los trabajadores metalúrgicos de la capital⁸. El intento de seguir el mismo camino en Barcelona no dio resultado, por lo que la Comisión Obrera de Barcelona se estableció en un mitin clandestino de militantes, guardando durante varios años un carácter marcadamente más político que su equivalente en Madrid⁹. La génesis distinta de las dos Comisiones no fue el resultado de una diferente capacidad de dirección del movimiento obrero sino de una diferente estructura de contratación colectiva. En Madrid, el contrato provincial del metal interesaba a todas las plantillas mientras que en Barcelona afectaba sólo a las pequeñas empresas. Esta diferencia era la consecuencia de una distinta estructura industrial en el sector del metal en las dos ciudades. Las grandes empresas de Madrid tenían una mano de obra, un capital, y una base tecnológica semejantes, mientras que las de Barcelona se diferenciaban en cuanto al origen de sus plantillas y su capital, y a sus tradiciones¹⁰.

Otro factor que impidió la difusión de una nueva cultura en común de lucha obrera fue la rapidez del desarrollo económico y social a partir de la segunda mitad

de los años cincuenta. En menos de quince años aparecieron nuevos cinturones industriales y ciudades satélites donde quizás sólo en los años setenta empezara a cuajarse una nueva identidad colectiva en torno a las luchas reivindicativas, tanto urbanas como industriales. La forma en que se desarrolló el movimiento obrero de cada zona dependió de una interacción compleja entre varios factores —la estructura social e industrial, el residuo de tradiciones sociales, la organización de la negociación colectiva, la estrategia de la oposición obrera, e incluso la morfología urbana. Para entender mejor lo que era este nuevo movimiento obrero creo que sería interesante enfocar al área de la Gran Barcelona y hacer un contraste entre sus cuatro centros industriales más importantes, Terrassa, Sabadell, Baix Llobregat y Barcelona misma.

Las luchas que se desarrollaron en estas zonas fueron esgrimidas por la prensa clandestina como modelos del camino hacia la ruptura democrática¹¹. Pero las características de estas luchas y su ritmo eran muy distintos. Terrassa, foco de agudas luchas sociales antes de la guerra, se destacó también en los años cincuenta y sesenta por la violencia de los conflictos laborales. En los últimos años de la dictadura en cambio, fue relativamente calma en comparación con Sabadell y Baix Llobregat. Sabadell, a unos pocos kilómetros de Terrassa, representa la antítesis en ciertos sentidos. Con una vieja tradición de consenso social y de moderación política, se convirtió desde principios de los años setenta en una de las zonas más conflictivas de España. En cuanto al Baix Llobregat, el movimiento obrero, allí, que empezó a desarrollarse en los años sesenta, logró construir una unidad de acción entre las plantillas del valle y una solidaridad por parte de los habitantes que le permitieron lanzar tres huelgas generales en la zona entre 1974 y 1976. En la capital de Cataluña, por el contrario, los intentos repetidos de organizar jornadas de solidaridad fallaron.

Estas diferencias no pueden explicarse por una distinta capacidad de dirección de la oposición obrera como solía argumentar la prensa clandestina. El estudio local de cada centro sugiere en cambio que las luchas correspondieron tanto a un proceso interno a la zona como a la coyuntura política del país; o sea que difícilmente podrían exportarse. En Terrassa el nuevo movimiento obrero se desarrolló temprano en base a la expansión del sector textil en los años cincuenta. El período formativo del movimiento tuvo lugar antes de la introducción de la negociación colectiva y la aparición de Comisiones Obreras. Era una época en que los salarios se fijaban por decretos, a veces como resultado de la presión de huelgas. La protesta obrera, siendo dirigida sobre todo contra el régimen, tenía un carácter más político. Además, el movimiento obrero de Terrassa estaba dominado por los comunistas, cuya estrategia a lo largo de los años cincuenta era la preparación de la Huelga Nacional Popular, lo que podría explicar también en parte

las formas más abiertas y públicas que caracterizaban las luchas reivindicativas. Como consecuencia, la dirección del movimiento era más expuesta a la represión. Además, la propia estructura de la industria y de la negociación colectiva en Terrassa hizo que el movimiento dependiese mucho de la dinámica de una o dos fábricas grandes. La derrota de la durísima huelga de AEG en 1970 marcó para el movimiento local un punto de inflexión, del cual no se recuperó hasta mediados de la década¹².

La historia del movimiento obrero de Sabadell ofrece un notable contraste. A diferencia de Terrassa, Sabadell se había caracterizado siempre por la moderación de sus relaciones laborales¹³. Ésta tenía mucho que ver con la estructura social de la ciudad. Su industria lanera estaba compuesta por un gran número de pequeñas empresas y talleres donde había una relación estrecha y paternalista entre amo y trabajadores. La estructura social de Sabadell, más matizada que la de Terrassa, explica en parte esta tradición de mayor consenso social. A mediados de los años sesenta, sin embargo, este modelo de relaciones laborales empezó a desintegrarse como consecuencia de dos factores. Primero, la industria textil entró en una crisis que dio lugar a una reestructuración profunda; en menos de diez años la mitad de las fábricas laneras desaparecieron. Este proceso erosionó la vieja estructura social e industrial de la ciudad. El paternalismo y el consenso cedieron el paso a una división de clase más nítida. El segundo factor fue la ola de inmigración a Sabadell en los años sesenta y la formación de colectivos obreros en las grandes obras en torno a la ciudad. Estos trabajadores, inmigrantes en su gran mayoría, no compartían las tradiciones de la vieja clase obrera sabadellense. A partir de comienzos de los años setenta sus huelgas y culebras o manifestaciones por la ciudad empezaron a crear un nuevo clima de protesta social. La descomposición de las antiguas relaciones de producción se hizo patente en la huelga general de febrero de 1976. Aunque el contexto político de cambio inminente sin duda influyera mucho en el desarrollo de la huelga, ésta fue también el resultado de un proceso peculiar a la historia de la ciudad¹⁴.

La historia del movimiento obrero del Baix Llobregat ofrece otro contraste notable. Éste se desarrolló al compás del crecimiento industrial en el valle que tuvo lugar a lo largo de la década de los sesenta. La zona se caracterizaba por la homogeneidad de su estructura social e industrial, una nueva clase obrera de origen inmigrante en su mayor parte, una clase media y una pequeña burguesía cuyos intereses estaban vinculados estrechamente a los de los trabajadores, la ausencia de una burguesía autóctona, una industria multinacional y avanzada tecnológicamente, y una mano de obra relativamente más cualificada que la de Terrassa o Sabadell. Como resultado del perfil industrial de la zona, la negociación colectiva jugó un papel más importante que en las dos ciudades laneras y se

convirtió en punto neurálgico de la agitación laboral. Esto explica en parte el desarrollo de una mayor cultura sindical en la zona, como por ejemplo la práctica de «clínicas sindicales» por parte de algunos enlaces que eran también militantes. La morfología urbana del Baix Llobregat también jugó un papel en el desarrollo del movimiento obrero de la zona. Sin entrar en detalles, se puede señalar entre otras cosas la presencia estratégica, enfrente de la sede de los Sindicatos, de Siemens, cuya plantilla era la más organizada en la zona; la estrecha relación entre una fábrica y otra; la concentración de industria, comercio y residencia en unas mismas zonas, permitiendo así una fertilización cruzada de ideas y prácticas. Las tres huelgas generales en el Baix Llobregat en los últimos años de la Dictadura evidenciaron que en el largo proceso de luchas industriales y urbanas se habían creado vínculos orgánicos entre los trabajadores y entre éstos y la población local. Está claro que el desarrollo de este movimiento era el resultado del trabajo de cientos de militantes. Pero influyó en ello también la configuración especial de la estructura social, industrial y urbana de la zona¹⁵.

En Barcelona, por el contrario, es difícil identificar un núcleo de valores, métodos y tradiciones en común en el movimiento obrero de la ciudad. La relativa falta de solidaridad tiene su raíz en parte en la gran diversificación de la industria; en la heterogeneidad de la clase obrera, dividida más que en los otros centros por cualificación, origen geográfico, lengua y cultura; en la segregación de los polígonos industriales; en la movilidad geográfica de los trabajadores. Por consiguiente, las luchas reivindicativas en cada centro de trabajo tuvieron escaso eco en otros. Las grandes fábricas como SEAT eran como fortalezas obreras de donde de vez en cuando salieron los trabajadores a las calles de la capital en busca de solidaridad sin encontrar más que apoyo moral y financiero.

El contraste entre el movimiento obrero en los cuatro centros que hemos escogido revela una gran diversidad de cultura en el sentido más amplio de la palabra. Nos hemos concentrado en la zona de Barcelona y su cinturón, pero esto fue un microcosmos de un proceso común a los centros industriales en toda España. Lo que unía al movimiento era una serie de reivindicaciones casi idénticas elaboradas por la oposición obrera y que no entraban en los problemas puntuales de cada lugar. Este carácter local y diferenciado era la fuerza del movimiento obrero durante el franquismo pero representó su debilidad en cierta medida en la transición. Las tareas del nuevo sindicalismo pasaban por negociaciones a niveles más altos que los de zonas concretas. El caso del Baix Llobregat es ilustrativo. Las Comisiones Obreras firmaron un acuerdo de productividad con la patronal de la zona en un intento de proteger los puestos de trabajo¹⁶. Pero los problemas de la industria local, siendo consecuencia de una crisis mucho más extendida, no podían

resolverse a un nivel comarcal. La movilización local no era ya condición suficiente para la defensa de los intereses de los trabajadores.

Hasta ahora se ha subrayado una serie de elementos objetivos que obstaculizaron la tarea de construir el nuevo movimiento sindical en el posfranquismo —la herencia del sistema franquista de relaciones industriales, la rapidez del desarrollo económico y social a partir de los años sesenta y la gran diversidad local del movimiento obrero. También pesó negativamente la herencia de la lucha antifranquista. Hemos visto cómo las raíces de la protesta obrera durante la dictadura eran más delimitadas y también más complejas que las que la oposición le atribuía. La tendencia a ver las luchas obreras en función de la estrategia rupturista influyó en la práctica sindical de los militantes obreros. Es cierto que se ocupaban como representantes de la defensa diaria de las condiciones de los trabajadores. Este trabajo sindical, sin embargo, no se reflejó en las perspectivas de las organizaciones clandestinas. Hubo un desfase entre militancia sindical y militancia política. Pero incluso en los centros de trabajo hubo una tendencia a subordinar organización a movilización, a potenciar aquellas reivindicaciones más capaces de movilizar a los trabajadores y politizarlos que a las que tenían un carácter más sindical, como por ejemplo higiene y salud, reglamentaciones, trabajo femenino, etc. La estrategia de la UGT y la CNT de boicotear las estructuras sindicales del régimen las marginó del nuevo movimiento obrero excepto en algunas zonas como Vizcaya¹⁷. La UGT catalana sufrió durante los primeros años de la transición de una seria falta de cuadros sindicales, lo que le obligó a contar con ex-verticalistas para construir algunas de sus secciones locales¹⁸. Por su parte, Comisiones Obreras se fiaron de la Organización Sindical para suplir una estructura organizativa y se encontraron en la transición sin base organizada. El espontaneísmo que había sido un método eficaz de lucha durante el franquismo no era evidentemente un instrumento adecuado para la construcción de un sindicato.

Pero lo que más pesó negativamente sobre el nuevo movimiento sindical era la tendencia de la oposición a subordinar el trabajo sindical a la política. Cuando ya era claro que el cambio se produciría como resultado de un compromiso con elementos reformistas dentro del régimen, se utilizaron las organizaciones obreras para potenciar el desarrollo de los partidos de izquierda¹⁹. En otras palabras, los intereses de los trabajadores fueron subordinados a la consecución de un consenso político moderado que no reflejaba la importancia del movimiento obrero en la oposición al antiguo régimen.

La paradoja con la que empecé tal vez no sea tan real. El nuevo movimiento sindical empezó a construirse en medio de la mayor crisis económica internacional

desde los años treinta, con una herencia altamente negativa del franquismo y con sus intereses subordinados al compromiso político. No es sorprendente que las formas de organización colectiva que se desarrollaron en la segunda mitad de la dictadura no hayan perdurado. De hecho, la característica más marcada de la historia del movimiento obrero en España desde 1939 es la discontinuidad. Después de la Guerra Civil, se dismantelaron los viejos sindicatos y partidos obreros. Luego, los cambios socio-económicos después del año 1959 transformaron la estructura e identidad de la clase obrera. Y finalmente, la crisis económica de la segunda mitad de los setenta llevó a una profunda reestructuración que ha disuelto a muchos de los colectivos que se habían organizado durante el boom económico. En estas circunstancias, quizás sea erróneo hablar de la crisis del sindicalismo. Lo que es sorprendente, por el contrario, es la capacidad que ha mostrado el movimiento sindical para emprender la tarea de reconstruir un nuevo sindicalismo en unas condiciones sumamente desfavorables.

NOTAS

- (1) Diario de Barcelona 19 julio 1977.
- (2) Según CUEVAS, José María es menos de 10%: El Independiente 23 marzo 1990. Según ESTIVILL, J. y DE LA HOZ, J.M. en 1983 era 10,7%: Mon Laboral 2º semestre 1986.
- (3) El análisis de esta ponencia se basa en mi libro Dictatorship, Workers, and the City, Labour in Greater Barcelona since 1939 (Oxford 1989).
- (4) Para la estrategia del PCE véase CARRILLO, S.: Después de Franco. ¿qué? (París 1965) y del mismo autor Nuevos enfoques a los problemas de hoy (París 1967); para el PSOE, GILLESPIE, R.: The Spanish Socialist Party (Oxford 1989).
- (5) Véase por ejemplo el comentario de LOPEZ RAIMUNDO, Gregorio en Treball, 8 mayo 1973.
- (6) Como demuestra por ejemplo la correspondencia que mantuvo el director de la empresa barcelonesa, La Maquinista Terrestre y Marítima con figuras destacadas del régimen, incluido Franco mismo: archivos del Gobierno Civil de Barcelona n. 1486.
- (7) Para una idea de las múltiples actividades de la OS véase Síntesis de actividades sindicales en el período 1968-1972 (Barcelona 1973).
- (8) ARIZA, J.: Comisiones Obreras (Madrid 1976).
- (9) DIAZ, J.A.: Luchas internas en, CCOO 1964-70 (Barcelona 1977); PUJOL, J.: "El naixement ,de CCOO a Barcelona" Debat, 5 julio 1978; FABRE, J. y HUERTAS, J.M.: "La fundació de CCOO a Barcelona" L'Avenç, septiembre 1982.
- (10) SARTORIUS, N. y DIAZ CARDIEL, V.: Clase Obrera y multinacionales: una denuncia de los metalúrgicos de Madrid (Madrid 1975).
- (11) Por ejemplo Treball, julio 1968; LOPEZ RAIMUNDO, G.: Treball, 8 mayo 1973.
- (12) Para más detalles sobre el movimiento obrero en Terrassa véase mi libro Dictatorship, Workers and the City (Oxford 1989); también RICART OLLER, Josep: Egara: una parroquia obrera bajo el franquismo (1963-1977) (Terrassa 1979).
- (13) Véase por ejemplo, BALCELLS, A.: Trabajo industrial y organización obrera en la Cataluña contemporánea (1900-1936).
- (14) Fuentes secundarias sobre el movimiento obrero de Sabadell incluyen MARCET COLL, J.M.: Mi ciudad y yo: veinte años en una alcaldía 1940-1960 (Barcelona 1963); CASTELLS, A.: Sabadell. Informe de l'oposició (Sabadell 1975-89).
- (15) Para más detalles véase mi libro; también RIERA, I. y BOTELLA, J.: El Baix Llobregat: 15 años de luchas obreras (Barcelona 1976)
- (16) Mundo Diario, 25 enero, 1 febrero, 6, 8, 12, 13 julio 1978; Tele-Exprés, 30 enero y 14 julio 1978.
- (17) Véase IBARRA GÜELL, P.: El Movimiento Obrero en, Vizcaya: 1967-1977 (Bilbao 1987).
- (18) Véase por ejemplo Mundo Diario, 21 septiembre y 11 octubre 1977.

(19) Por ejemplo las declaraciones de CAMACHO, M. en apoyo al Pacto de Moncloa en Mundo Diario 13 octubre 1977.